



problemas algebraicos más ingeniosos que útiles, no se ha probado aún que poseyesen nada parecido a un conocimiento correcto y positivo de la astronomía (1).

Como me he detenido mucho tiempo en las opiniones de Delambre, no sería justo pasar en silencio la concurrencia de las mismas en otro célebre historiador de las ciencias matemáticas, que escribió también en una época en que influía más aún en Francia la escuela filosófica que desgraciadamente seguía Bailly. Habló de Montucla, que con la mayor imparcialidad se impone la tarea de examinar las razones dadas por Bailly para probar la excesiva antigüedad de la astronomía entre los indios. Analiza, por ejemplo, el gran período de Cali-Yuga, que abraza 4.320.000 años, y halla que, dividiéndole por 24.000, da 180 de cociente; lo cual induce á sospechar que este período no es más que la mitad de otro que compone el producto de 24.000 dividido por 360. Y como los árabes creen que 24.000 años constituyen el período durante el cual deben las estrellas fijas completar una revolución entera por un movimiento progresivo, parece que los indios, tomando esta idea, formaron su gran período equivalente á un año de 360 días, duración primitiva del año, en el que cada día presencia una revolución completa de los cuerpos celestes. Montucla confirma su aserción apoyándola en cómputos semejantes de los árabes, y le sirve de motivo, entre otras razones, para deducir que la astronomía india, lejos de poder jactarse de una antigüedad tan admirable como había discurrido su desventurado compatriota, fué tomada de los pueblos del Asia Occidental (2).

Mas conviene examinar las tareas de los sábios en este ramo de la historia astronómica. Davis es el primero, como observa Colebrooke, que ha dado una descripción exacta de la astronomía de los indios según sus propios tratados. Había dicho Montucla que el Surya-Siddhanta, obra astronómica que se suponía fruto de la inspiración divina, sería una adquisición preciosa, pero añadía: «¿Quién obligará nunca á esos hombres misteriosos á comunicarla (3)?» Precisamente de esa misma obra ha sacado Davis sus materiales, y declara que los brahmas no le manifestaron ninguna repugnancia, ni para comunicársela, ni para

(1) *Historia de la astronomía de la Edad Media*; París, 1819.

(2) *Historia de las matemáticas*; París, núm. 7, tomo I.

(3) Pág. 443.

ayudarle á entenderla; el objeto de sus indagaciones era simplemente descubrir el método y las fórmulas por las cuales calculan los indios sus eclipses, y desde luego puede parecer que dará poca ó ninguna luz en el asunto de nuestra investigación; sin embargo, es manifiesto por estas observaciones preliminares, que considera las épocas remotas que adoptaron los indios por fundamentos de sus cálculos, como adoptadas arbitrariamente por medio de un cómputo retrógrado, y no determinado con arreglo á observaciones positivas, según discurría Bailly (1).

Sin embargo, debe confesarse que Bentley estudió formalmente y con fruto esta obra y otras no ménos importantes, con intención de determinar la verdadera antigüedad de esta ciencia; y yo concluiré esta parte de mi tarea con sus investigaciones, que abrazan un largo espacio de tiempo. Su primer ensayo sobre este asunto se publicó en el volumen sexto de las *Investigaciones sobre el Asia*, y puede dividirse en dos partes. En la primera examina los sistemas astronómicos de los indios, y demuestra cuán fácilmente podría incurrir en graves errores un europeo que los ignorase cuando quisiera fijarles fecha. Trata en seguida de buscar con cuidado la del Surya-Siddhanta, al cual dan modestamente los brahmas una antigüedad de algunos millones de años. «El modo más correcto y cierto de averiguar la antigüedad de las obras astronómicas indias, dice, es comparar sus cálculos sobre las posiciones y movimientos de los planetas con los que se han sacado de las tablas europeas más exactas; porque es claro que todo astrónomo, cualquiera que sea su sistema, real ó artificial, debe procurar dar la verdadera posición de los planetas en la época que escribe, á lo ménos en cuanto pueden ó lo permite la naturaleza de su sistema; de lo contrario, su trabajo sería inútil. Así pues, probados por cálculos sacados de algún sistema antiguo indio las posiciones y movimientos del sol, de la luna y de los planetas en una época cualquiera, y por otra parte probados sus posiciones y movimientos en la misma época por las tablas europeas más correctas, podemos determinar la época anterior, en que sus posiciones respectivas eran precisamente las mismas (1).» Bentley aplica en seguida este método tan sencillo, y toma su fecha por una parte según el tratado indio, y por otra se-

(1) *Investigaciones sobre el Asia*, t. II, edic. de Calcuta.

2) Pág. 564.



gún las tablas de Labande, y calculando el número de años que se rebajan del tratado indio, descubre que debieron trascurrir períodos diversos de 600, 700 y 800 años desde que se compuso dicho tratado. No contento con eso Bentley, da sólidas razones para deducir que el autor es Varaha, cuyo discípulo Sotanund se sabe que vivía hace unos 700 años, época correspondiente á la fecha media deducida por sus cálculos del mismo Surya-Siddhanta (1). La revista periódica que he citado ya como defensora decidida de las teorías imaginarias de Bailly, no hacía más que continuar por este medio el exámen de las tareas de Bentley, emprendido en su primer número. A la censura severa y razonada que dirigió contra él, respondió este con vigor y claridad en el octavo volumen de las *Investigaciones* (2); pero no me detendré en esto, porque el autor dió despues una explicación más extensa, correcta é importante de sus ideas, y de esta última obra voy á hablar.

En el mismo año en que publicaba Bentley su *Exámen histórico de la astronomía india*, el doctor Idelear se quejaba en Berlin de que nadie hubiese reunido aún un conocimiento suficiente de la lengua sanscrita y de la astronomía (3). Sin embargo, en esta ocasión parece que se combinaron estas dos condiciones en el mismo hombre con la energía de voluntad, el celo y el estudio necesarios para la ejecución de tan difícil empresa; y probablemente la severidad con que fué tratado el autor al tiempo de su primera tentativa, le excitó á continuar la tarea, y no hizo más que acelerar unas investigaciones que con aquella se intentaban entorpecer.

Despues de un prólogo en que confirma Bentley con nuevos cálculos sus primeras aserciones respecto del Surya-Siddhanta, trata metódicamente de las diferentes épocas que deben servir para dividir la historia de la astronomía india; establece ocho períodos ó edades diferentes, y se propone determinar y fijar cada una de ellas por una data astronómica. La primera operación en todo sistema de astronomía debe ser la división del cielo, sin la cual sería impracticable toda clasificación. La división india más antigua, es la de estaciones lunares, que en otro tiempo eran veintiocho, y ahora son veintisiete. La historia pone esta operación entre el año 1528 y el 1375 antes de Jesucristo, y la data astronómica, citada como contem-

(1) Pág. 573. Sin embargo, Colebrooke ha deseñado esto en su *Algebra*.

(2) Pág. 193 y sig.

(3) *Handbuch der Math. und Technischen Chron.*; Berlin, 1825.

ránea, se refiere exactamente á este período, porque la indicación de los puntos ocupados entonces por el sistema celeste en la línea de los equinoccios y en la de los solsticios, da por resultado el año 1426 antes de Jesucristo (1). Ahora, si este cálculo es exacto, tenemos, sin duda ninguna, un dato enteramente verosímil para fijar la época en que los indios hicieron esta primera operación astronómica. Bentley pone la observación referida despues, mil ciento ochenta y un años antes de la era cristiana, cuando se hallaron en conjunción el sol y la luna, y conocieron los astrónomos que los coluros se habían desviado 3° 20' de la posición que ocupaban al tiempo de la primera observación. Todo consiste en dar á los meses los nombres que les son propios, y así se llega á determinar una época.

La era más importante despues, determinada por el dato astronómico que hace suponer, es el siglo de Rama, cuyas proezas forman el tema más glorioso de la poesía india. El Ramayana ó poema épico que celebra á este rey, da una descripción dilatadísima de la posición de los planetas al tiempo de nacer aquel y cuando llegó á los veintiocho años. El resultado de esta descripción es que el estado del sistema celeste no pudo ser tal sino hacia el año 961 antes de Jesucristo (2). Haré observar que en la historia de Rama hay también un pasaje que corresponde en todas sus circunstancias con el combate de los dioses y los gigantes descrito en la mitología griega.

No seguiré á Bentley en la última parte de su obra, porque en la primera hemos hallado cuanto podemos apetecer razonablemente. Poco nos importa que los indios hayan hecho subir la existencia de sus astrónomos á una antigüedad absurda, y que afirmen que Garga y Parasara vivieron y escribieron 3100 años antes de Jesucristo, cuando puede probarse que su ciencia astronómica no comenzó á hacer observaciones hasta mucho más tarde. Mas es justo decir, que la fecha del Vasishtha-Siddhanta y del Surya-Siddhanta, que acostumbra los indios referir á uno ó dos millones de años, no sube más allá del siglo X ó XI de la era cristiana, según los cálculos de Bentley.

Existe una leyenda de gran importancia, cuya época trata este de determinar por un cálculo astronómico, y es la historia de Krishna, el Apolo indio. En las leyendas del país se le representa como un Avatar ó encarnación de la Divinidad. A su nacimiento, unos coros de

(1) Pág. 4.

(2) Pág. 15.





devantas cantaron himnos de alabanzas, mientras que los pastores rodeaban su cuna; era preciso ocultar su nacimiento al tirano Causa, á quien se había predicho que aquel niño causaría su perdición. Este huyó con sus padres más allá de las costas del Yamune, y durante algún tiempo vivió en la oscuridad; luego empezó su vida pública, y se distinguió por el valor y la beneficencia; inmolaba á los tiranos y protegía á los pobres, lavaba los pies de los brahmas, y predicaba la doctrina más perfecta; pero al cabo prevaleció la pujanza de sus enemigos, y según una tradición fué clavado á un árbol por una flecha, prediciendo antes de morir los males que sobrevendrían en el Cali-Yuga ó edad mala del mundo, treinta y seis años después de su muerte (1). ¿Puede sorprendernos que los enemigos del Cristianismo se hayan aprovechado de esta leyenda, como si contuviera el texto original de nuestra historia evangélica? Los nombres de Cristo y Krishna, corrompido por algunos en Kristna, se declararon idénticos, y las muchas semejanzas que se hallaban en sus historias se consideraron como definidas con tal claridad, que no dejaban duda de que los dos eran un solo y mismo personaje (2). La facilidad con que se dejaron arrebatar de su entusiasmo los primeros exploradores de las letras indias para atribuir una antigüedad extravagante á cuanto encontraban, favoreció estas aserciones. Sir W. Jones, á quien se miraba como autoridad infalible en tales materias, y cuyo dictámen merece seguramente consideración, había firmado que era cierto «que el nombre de Krishna y los hechos generales de su historia eran muy anteriores á la vida de nuestro Salvador, y probablemente al tiempo de Homero.» Luego reconociendo la imposibilidad de tantas coincidencias accidentales en las dos vidas ó en las dos historias, supone que los puntos de semejanza menos importantes se añadieron á la leyenda primera en tiempos más modernos, según algunos Evangelios falsificados (3). Maurice confiesa igualmente la antigüedad de la leyenda, y acomete las dificultades de un modo todavía menos ventajoso para un adversario del Cristianismo, porque considera aquella como resto de una antigua tradición primitiva, concerniente á la venida futura de

(1) Véase esta leyenda en Paulino á Saint-Bartholomaeus, *Systema brahmanicum*; Roma, 1802. *Religion de la antigüedad de Creuser*, por Guigniaud; París, 1825.

(2) *Ruinas ó Meditaciones sobre las revoluciones de los imperios*, por Volney; París, 1820.

(3) *Investigaciones sobre el Asia*, tom. I.

un Redentor, que en efecto debía ser un Abatar ó encarnación de la Divinidad (1).

Así Bentley aplicó sus cálculos astronómicos al exámen de la época en que vivía este héroe divino. Buscó sin intermisión en las relaciones concernientes á él alguna fecha que pudiera servir de fundamento para determinar la época de su vida, y después de haber hallado aquellas relaciones demasiado insignificantes, aunque la historia declaraba que el célebre astrónomo Garga había asistido á su nacimiento y descrito el estado de los cielos en un instante tan solemne. Bentley tuvo la fortuna de proporcionarse el Janampatra de Krishna, que contiene la posición de los planetas al tiempo de nacer el semidios. Según el cómputo fundado en las tablas europeas reducidas al meridiano de Ujein, parece que los cielos no pudieron presentar el estado descrito en el Janampatra, sino el 7 de Agosto del año 600 de nuestra era (2). Infíere, pues, Bentley, que esta leyenda fué una hábil imitación del Cristianismo forjada por los brahmas con el premeditado intento de impedir que los naturales del país abrazaran la nueva religión, que penetraba ya hasta los confines más apartados del Oriente.

Probablemente muchas personas no concordan con este escritor en algunas de sus opiniones, y yo debo decir, que sin pruebas más positivas no puedo avanzar tanto como él en algunos puntos particulares; no obstante, en cuanto á la demostración que da de la poca antigüedad que cuentan las observaciones y obras astronómicas de los indios, merece ciertamente los votos de los mejores matemáticos modernos. Sin hablar de Delambre, que consideraba como satisfactoria en un todo su obra sobre la época del Surya-Siddhanta, tenemos la opinión de Schaubach, que sostiene que toda la ciencia de los indios en astronomía les vino de los árabes, y por consiguiente, corresponde más bien á la ciencia moderna que á la antigua (3). Laplace, que no habrá astrónomo de nuestros días que no considere superior á Bailly, cuyo mérito se ha exagerado, y de quien aquel era amigo y ardiente admirador, se expresa así acerca de este punto: «El origen de la astronomía en la Persia y en la India se ha perdido en la oscuridad de su historia antigua, como sucede en todas las demás naciones. Las tablas de los indios suponen conocimientos muy avanzados

(1) *Hist. del Indostan*; Lónd., 1824.

(2) Pág. 3.

(3) En la *Monalítche corresp.*, por el baron de Zach; Febrero y Marzo de 1813.



en astronomía; pero hay motivo de creer que estas tablas no pueden ser muy antiguas; en lo cual me aparto con sentimiento de la opinión de un amigo ilustre y desgraciado.» Esta expresión manifiesta claramente, que Laplace no se declaró contra las pretensiones de la astronomía sanscrita por inclinación á favor de nuestra causa. Después, con estas observaciones, pasa á examinar circunstanciadamente la cuestión que le sentado muchas veces, á saber, si las observaciones que sirvieron de base á los cálculos de las tablas indias, y que tienen la fecha de 1491 y 3102 años antes de la era cristiana, se hicieron realmente alguna vez; y concluye que no se hicieron, y que las tablas no se fundaron en ninguna observación verdadera, en atención á que no pueden haberse verificado las conjunciones que supone. «Esto resulta también, añade, de los movimientos medios que señalan estas tablas á la luna con relación á su perigeo, á sus nodos y al sol; movimientos que, siendo más rápidos que según Ptolomeo, indican que las tablas de que se trata son posteriores á este astrónomo; porque vemos según la teoría de la gravitación universal, que estos tres movimientos se aceleran de siglo en siglo. Así, los resultados de esta teoría tan importante para la astronomía lunar, sirven también para ilustrar la cronología (1).» A estos testimonios podemos añadir el del Dr. Maskeline, comunicado á Bentley en persona (2), el de Heeren (3), de Cuvier (4), y Klaproth, que se expresa en estos términos: «Las tablas astronómicas de los indios, á que se había dado una antigüedad tan prodigiosa, se construyeron en el siglo VII de la era vulgar, y posteriormente se trasportaron por medio de cálculos á una época anterior (5).»

Según estas autoridades confirmativas, añadidas á las opiniones ya citadas y anteriores de los matemáticos franceses, podemos dudar racionalmente que se levante otro campeón á defender la exagerada antigüedad de la ciencia astronómica de los indios. En todo caso, será difícil renovar semejante pretensión, y hacerla subir á época tan remota, que pueda poner en conflicto la cronología de Moisés. Otros ramos hay de los conocimientos indios que parecerán igualmente dignos de investigarse; por ejemplo, la fecha de los escritos sagrados y

(1) *Exposición del sistema del mundo*, 6.ª edición; Bruselas, 1827.

(2) Prólogo.

(3) *Ideen über die Politik*; 4.ª edic.

(4) Cuvier, *Discurso preliminar*.

(5) *Mem. relativas al Asia*; París, 1824.

filosóficos á que varios sábios daban una antigüedad tan absurda hace algunos años.

Naturalmente, debía suponerse que el orgullo nacional, que había hecho fijar una antigüedad extravagante al origen de la ciencia, había sugerido al mismo tiempo la idea de una antigüedad correspondiente para los gobiernos bajo los cuales había brillado aquella ciencia. Una ficción suponía necesariamente la otra, y cuando las naciones orientales se ponen á dar una antigüedad fabulosa á su origen y á su historia primitiva, no se paran en bagatelas, ni las intimida nuestra regla europea de tener en cuenta las probabilidades. Un millón de años se inventa tan pronto como un millar, y se necesitan poquísimos reyes para llenar aquel espacio inmenso, si se concede á cada reinado la modesta cantidad de doce docenas de siglos de duración. Y los lectores lo creerán todo, siempre que se pueda hacerles dar el primer paso, es decir, persuadirles que aquellos reyes fueron los descendientes del sol y de la luna, ó que tuvieron algún otro origen celestial. Verdaderamente no podemos menos de compadecer á los que se han dejado llevar á creer tales absurdos; con todo, me parece que debemos también compadecer á los que han intentado analizar la multitud de fábulas que nos presenta la historia india, y aprovecharse de las raras partículas de verdad sepultadas en aquel caos.

En esto como en las más de las investigaciones sobre la India, abrió sir W. Jones la marcha: tomó por base de sus exploraciones la lista genealógica de los reyes, sacada del Puranas por el Pundit Rhadacanta, y emprendió la tarea de desenmarañar su historia, resuelto á no dejarse llevar de ninguna consideración, por importante que fuese, para tomar una decisión que no aprobara la equidad. «No adhiriéndome, escribe, á ningún sistema, y estando tan dispuesto á desechar la historia de Moisés si se prueba que es errónea, como á crearla si se confirma con un raciocinio recto y una evidencia incontestable, voy á ponerlos á la vista un compendio de la cronología india sacado de los libros sanscritos (1).» Mas no tardó en descubrir sir Jones que tenía que habérselas con las dinastías divinas de que hemos hablado, y estas estaban exentas de las leyes que limitan la duración de las dinastías mortales. Poco acobardado con este descubrimiento terrible, que hubiera desesperado á un investigador menos ardiente y laborioso, trata

(1) *De la cronología de los indios. Investigaciones sobre el Asia*, tomo II.





de explicar los absurdos y conciliar las contradicciones, traza tablas de los reyes, y les señala las fechas segun las conjeturas más plausibles que puede formar. Hé aquí sus propias palabras sobre el resultado de estas tareas infructuosas: «Hemos dado, concluye, un bosquejo de la historia de los indios en toda la larga duración que puede justamente señalarse, y hemos subido siguiendo los rastros del imperio indio hasta más de 3800 años antes de nuestra época (1).» Aun adoptando, segun un investigador parcialísimo, la antigüedad hasta donde pueden subir los anales del Indostan con una apariencia de razon, no vemos un gobierno establecido antes de los 2000 años que precedieron á la era cristiana, es decir, antes de la edad de Abraham, durante la cual, segun el Génesis, poseía el Egipto una dinastía constituida, y la Fenicia una literatura y un comercio floreciente.

A sir W. Jones siguió Wilford, quien procuró introducir una apariencia de orden en las dinastías de Maghada, cuyo estado se halla en el Puranas (2). Sucedióle Hamilton en la misma tarea (3); pero estos dos pacientes investigadores se veían detenidos á cada paso por errores voluntarios, ó por las contradicciones más asombrosas. El primero de ellos nos manifiesta con un triste ejemplo hasta dónde pueden llegar los fraudes de los Pundits, y de consiguiénte nos da la idea de la confianza que debemos concederles en los pasajes de sus libros en que quisieran hacernos creer una antigüedad desatinada. Dícenos Wilford que un hombre fiel empleado por él con grandes dispendios para que le ayudase en su trabajo, no vaciló en borrar y alterar algunos pasajes en los libros más sagrados de su religion; y cuando creía que pudieran confrontarse sus extractos con los libros, componía millares de versos para impedir el descubrimiento de su fraude (4). Wilford conoció respecto de la materia que nos ocupa, que aquellos santos hombres de la India no hacían ningun escrúpulo de inventar nombres é ingerirlos entre los de héroes más célebres, y añade que para justificar su conducta decían que así lo habían acostumbrado sus predecesores. Así, despues de hacer todas las supresiones y concesiones convenientes, sólo nos quedarán muy malos materiales para formar una

(1) Pág. 145.

(2) *De los reyes del Maghada. Investigaciones sobre el Asia*, tomo IX.

(3) *Genealogía de los indios, sacada de sus libros sagrados*; Edimburgo, 1819.

(4) *Investig. sobre el Asia*, tomo VIII.

historia que ofrezca algun carácter de certeza, ó siquiera de probabilidad. Los dos autores que he nombrado no nos han dado en definitiva más que una série de reyes, cuya existencia no se funda en otra prueba que poemas y fábulas.

«En este caso, dice un escritor sagacísimo, aunque más bien inclinado á exagerar que á despreciar la antigüedad de la literatura de los indios, estas dinastías no hacen más autoridad que las generaciones de los héroes y reyes entre los helenos, y estas tablas ocupan el mismo lugar en la mitología india que las de Apolodoro en la griega. No esperemos hallar en ellas ninguna historia crítica ó cronológica, porque es una historia compuesta por poetas y conservada por poetas, y de consiguiente poética, sin que por eso se componga enteramente de ficciones (1).» «La crónica y la historia de los indios, escribe otro autor, son en general tan poéticas é ideales como su geografía. En este pueblo prevalece la imaginación sobre las demás facultades (2).» En efecto, Klaproth pone el principio de la verdadera cronología india en el siglo XII de nuestra era (3).

No obstante, Heeren se ha tomado mucho trabajo para subir hasta las primeras instituciones de los indios, y construir otra vez el primer Estado político de estos. Prueba con la mayor minuciosidad, que la casta de los brahmas es una nacion ó tribu diferente de los habitantes de la península, y tomando este pueblo en el sitio de su establecimiento en las montañas del Norte, le sigue por entre la línea de templos que trazó en su marcha hasta el Sur. Cita la autoridad de algunos viajeros para probar que los brahmas tienen la tez más clara que los hombres de las otras castas, asercion que, segun se recordará, está en contradicción con la de otros viajeros. Con todo, no veo ninguna objecion sólida que oponer á esta hipótesis, la única que da al parecer la solución del poder absoluto de los brahmas sobre la multitud de la nacion (4). Y en suma, aunque esto suponga un período de tiempo muy lejano (porque las relaciones más antiguas sobre la India muestran ya profundamente arraigado este sistema gubernativo en su época), no por eso conseguimos un resultado definitivo.

La guerra entre los Coros y los Pandos, que son los griegos y troyanos de la poesía sans-

(1) Heeren, *ubi supra*.

(2) Guigniaud, *ubi supra*, t. I, 2.<sup>a</sup> parte.

(3) *Ubi supra*.

(4) *Ubi supra*.



crita, parece que en su fundamento histórico ofrece á Heeren la prueba de una organizacion política antiquísima en las regiones del Ganges; pero aun así, no tenemos más que una gran antigüedad; sin ninguna época cronológica decisiva; y con respecto á aquella guerra, conviene observar que está ligada tan esencialmente con la historia de Krishna, que si la teoría de Bentley es exacta en este último punto, el otro acontecimiento debe seguir la misma suerte y considerarse como una invencion moderna.

En lo demás Heeren se dedica con mucha paciencia á coordinar y conciliar los diversos fragmentos que quedan de los anales primitivos, y trata de descubrir cuáles fueron los primeros estados y las primeras dinastías que los gobernaron; pero los resultados que saca despues de tan larga tarea son tales que no deben sobresaltar al más tímido creyente. «Segun todas las consideraciones precedentes, escribe, podemos deducir que la region del Ganges fué el asiento de reinos importantes y de ciudades florecientes, muchos siglos, y probablemente 2000 años antes de Jesucristo (1).» Véanse aquí sus conclusiones: «En vez de 6000 años antes de Alejandro, fecha adoptada por algunos escritores atenidos al testimonio de Arriano, en vez de los millones de años computados segun las fábulas de los brahmas, hallamos, como conjeturaron Jones y otros, que el tiempo de Abraham es la época histórica más antigua de una organizacion política en la India.»

Nadie registrará los dos magníficos libros sobre los *Anales de las antigüedades de Rajasthan* sin confesar que su autor ha logrado añadir á unas investigaciones agotadas en la apariencia, un fondo de nuevos materiales, á que va unida una sagacidad superior, que ha dado mucha luz, no sólo sobre la materia de que ahora tratamos, sino tambien sobre las precedentes. Y si descendemos á los tiempos más próximos, ha tenido la fortuna de registrar un vasto terreno, todavía inexplorado en los países cuya historia ha escrito el primero. Así se ha hallado en situacion de combinar nuevos acontecimientos con un nuevo teatro, el drama variado de una historia, apenas conocida, con una escena engalanada con los más espléndidos adornos que puede proporcionar la naturaleza, y los monumentos más suntuosos que pudiera añadir el arte oriental (privilegio que habían tenido muy pocos antes de él). Ya consideremos la parte geográfica, histórica ó artística en que se

(1) Pág. 272.

han aumentado nuestros conocimientos sobre la India con la publicacion de esta obra, ya el interés de la narracion en sí misma, juzgo que podemos con toda seguridad poner este escrito entre los más estimables y preciosos que han salido á luz sobre la literatura oriental.

El coronel Tod ha sobrepujado ciertamente á todos sus predecesores en la rectificacion y coordinacion de las listas de las dinastías indias. Demuestra que hay una conformidad general entre las genealogías presentadas por Jones Bentley y Wilford, y las que ha sacado él de diferentes fuentes; y como hay bastantes diferencias entre dichas genealogías para asegurar que provienen de originales diversos, concluye, no sin mucha probabilidad, que están fundadas en alguna verdad. Las dos castas principales son las del sol y la luna, como he observado ya, y es de notar que las dos líneas presentan poco más ó ménos el mismo número de reyes. Así, tomando á Buddha por regenerador de la especie humana despues del diluvio (cuyo hecho no parece imposible, porque Buddha comienza la línea lunar de los príncipes), tendríamos, segun las tablas genealógicas, «cincuenta y cinco príncipes desde Buddha hasta Krishna y Yudistra (cito las mismas expresiones del coronel Tod);» y admitiendo el término medio de veinte años para cada reinado, resultaría un período de 1100 años, el que añadido á otro igual calculado desde esta época hasta Vicramaditya, que reinó 56 años antes de Jesucristo, me autorizaria para poner el establecimiento de las dos grandes castas, llamadas distintivamente de Soorya y de Chandra, en la India propiamente dicha, hácia el año 2256 antes de la era cristiana. En esta época, no obstante algo más tarde, se fundaron las monarquías egipcia, china y asiria, segun la opinion general, y como siglo y medio despues de este gran acontecimiento era el diluvio (1). Hasta aquí seguramente no hay ninguna cosa que pueda causarnos la menor dificultad; si tomamos la cronología de los Setenta, que están dispuestos á seguir muchos modernos, hallamos tambien un espacio de tiempo más considerable entre la gran catástrofe y la época señalada aquí á la fundacion de estas dinastías reales. Lo que puede servir para confirmacion de este cálculo, es la uniformidad de otros resultados conseguidos con un procedimiento semejante.

Pero el descubrimiento más admirable y ciertamente más precioso del coronel Tod en los anales de los indios, es la proporcion histó-

(1) Tomo I.